



La difusión en nuestra sociedad actual acerca de aquellos héroes anónimos que intervinieron en la historia, me hace reflexionar en lo injustos que a veces somos a la hora de reconocerles como tales. Si escarbamos en los libros, en internet u otros medios, nos encontramos con hazañas increíbles sobre gente que, en silencio y con humildad, hicieron que los innumerables campos de batalla, habidos a lo largo del tiempo, fuesen un poco menos infernales. El caso que nos ocupa en este artículo, es el de un gran hombre, envuelto en una de las más cruentas guerras, si no la que más, de la historia de España.

EL CAPELLÁN DE LA CONCORDIA

Brigada Vicente David Jiménez Carballo
Redactor jefe

FERNANDO HUIDOBRO POLANCO.

El 10 de marzo de 1903, en Santander, María Polanco aún no podía imaginar que, el sexto retoño al que iba a dar a luz, estaba destinado a ser un modélico exponente de valentía, humildad y entrega al prójimo. Fernando Huidobro creció en el seno de una familia de arraigadas convicciones católicas, tanto es así que casi le bautizan conservando el cordón umbilical, pues a los 2 días de su nacimiento ya había recibido tal sacramento. Su casa natal estaba frente a la Iglesia del Sagrado Corazón de los Jesuitas y esto hizo que la familia sintiera especial predilección por esa Orden. De entre los hermanos de Fernando, dos se hicieron ingenieros, dos militares sobresalientes, dos sacerdotes y dos hermanas dedicadas al servicio de Dios en las religiosas Esclavas del Sagrado Corazón.

Hasta llegar a la adolescencia, tuvo varios traslados junto a su familia. El primero fue a Melilla, en 1908, al ser su padre, José de Huidobro, ingeniero de caminos, canales y puertos, elegido por la Compañía Transatlántica, donde dirigió la construcción de un nuevo puerto para la ciudad. El segundo traslado se efectuó en 1911, a Madrid. Allí, Fernando completó sus estudios escolares hasta llegar a bachillerato. Tomó la decisión de ingresar en la Compañía de Jesús, casi al acabar bachiller, comenzando así una prometedora carrera sacerdotal que compaginó con una intensa formación académica y universitaria, tanto en España como en el extranjero.

La década de los 30 comenzó fatídicamente para los jesuitas. Fueron los tiempos difíciles de la 2ª República. Varios incendios se produjeron durante la noche en varias casas de jesuitas. Sin haberse recuperado aún del trauma del último incendio, en enero del 32, se firmó el decreto que disolvió la Compañía de Jesús y se les dio un plazo de diez días para abandonar las casas. Fernando marchó a Bélgica donde continuó sus estudios.

En 1933 sube al diaconado en la capilla de San Ignacio, en Holanda, y a finales de agosto de ese año celebró su primera misa, acompañado de su madre, de tres de sus hermanos y de un tío suyo.

Al comienzo del 36 hizo su retiro anual, que concluyó con la renovación de sus votos. Tras la muerte de Calvo Sotelo en julio de aquel año, las noticias sobre la situación en España eran seguidas con avidez en la radio. Quedando incomunicado con el Provincial que estaba en Madrid, el padre Huidobro solicitó al Viceprovincial que le enviara a ejercer de sacerdote a España, para estar junto a sus compatriotas donde fuese menester, en un sitio u otro. Ya tomada la decisión de ofrecerse, de ahí en adelante perseveró sin vacilar un momento. Su primer contacto con la guerra, ya en suelo patrio, fue en el frente de Guadarrama. Recibido con entusiasmo por el padre Caballero, el cual se encontraba allí. Marchó posteriormente a Cáceres y una vez allí, se dirigió al cuartel general de Franco para ofrecerse como capellán donde más lo necesiten. Fue el mismo general quien le mandó a Talavera para unirse a La Legión como capellán de la IV Bandera.

Tras presentarse al comandante Vierna Trápaga, jefe de la IV Bandera, a la que había sido destinado, este nos dejó su impresión sobre el padre Huidobro, al que, naturalmente, no conocía: «Yo tenía ante mis ojos un legionario sin instrucción ni el conocimiento más elemental para prevenir o atenuar las acechanzas y peligros de una guerra: un recluta. Me dio mucha pena de él. Tuvimos un breve diálogo. Había en sus ojos una luz clarísima tras de sus gafas de miope. Me impresionaba su mirada penetrante, inteligente y bondadosa. Era de mediana estatura, delgado, pelo claro, facciones correctas. Representaba menos edad de la que tenía. Su aspecto era de intelectual, delicado, ajeno a toda actividad física o deportiva. ¿Cómo soportará esta criatura, pensé yo, la dureza de la vida que le espera, y más ser consejero y guía espiritual de mis legionarios? No puedo ocultar que la impresión que entonces me hizo fue la de un adolescente sin experiencia, hasta el extremo de juzgarle inadaptable para funciones tan difíciles como es ser capellán en La Legión...»



Huidobro en sotana.



IV Bandera, Huidobro a la izquierda.



Padre Huidobro y allegados.



Ruinas del hospital clínico donde perdió la vida Huidobro.

Los legionarios también «echaron su cuarto a espadas» comentando entre ellos la «poca talla» que aparentaba aquel cura; pero pronto se iba a demostrar todo lo contrario. Aquel «curita» pequeño, «inocentón», «poca cosa», aparte del impulso espiritual que le otorgaban su fe y la importancia de su sagrado ministerio, poseído como estaba por la gigantesca fuerza de la Gracia, había sabido captar desde el primer momento el espíritu de valor, disciplina e indiferencia ante el peligro, arrojo y heroísmo del ambiente en que iba a desenvolverse, y también, desde el primer instante, no solo se puso a la altura de los demás, sino que los cautivó con su desprendimiento, su generosidad y su ejemplar desprecio a todo aquello que pudiera poner trabas al ejercicio de su ministerio. —Menudo crío nos han traído— comentaban algunos legionarios tras observar al recién incorporado. Pero una vez demostrado el valor del padre Huidobro en su primer combate, los legionarios repetían aquella frase, pero con tono muy distinto: «¡Menudo crío nos han traído!». Fernando, no tardó en ganarse la admiración y el respeto de aquellos duchos legionarios: les guiaba espiritualmente,

les atendía a cualquier hora, leía las cartas de los familiares a aquellos que no sabían, así como hacía de escribano para que sus allegados supiesen de ellos. Cualquier momento era idóneo para exhortar a sus compañeros a que se confesaran, incluso en las más avanzadas trincheras. En mitad del campo de batalla, «en tierra de nadie», atendió a heridos graves, tanto de un bando como de otro, en pos de que antes de que se los llevase la Parca, ofrecerles la paz eterna a través de la extremaunción. Se adentraba en terreno de nadie para asistir a quien lo necesitara en el momento crucial de rendir cuentas, confesando en pleno campo, a la intemperie y bajo el fuego de unos y otros, llevando agua, entregando sus ropas de abrigo a los que, ateridos por el frío de la madrugada, hacían de centinelas en los lugares más peligrosos. Además, Huidobro, en pos del prójimo, llegó a denunciar algún que otro acto injusto para con algunos soldados del otro bando, dando parte de ello. Relataba Emiliano Aparicio García en nuestro número de la revista n.º 415, de mayo de 1992 que: «estando la Bandera en las riberas del Alberche, camino



Huidobro impartiendo misa.

de Madrid, se ataca sobre Cazalegas. Hay que tomar el pueblo antes del anochecer, pero la aviación enemiga bombardea tenazmente nuestras posiciones y hace un denso fuego con todas sus armas; el padre Huidobro entra en funciones, va sorteando los bultos de los que, tumbados en el suelo, disparan sin cesar. Con un valor extraordinario y sin atender a las exhortaciones que se le hacían, serenamente asiste a los que caen, acarrea agua, distribuye rancho en frío, ayuda a evacuar bajas y, sin hacer distinción de ideas o colores, atiende y recoge heridos que quedan en campo de nadie».

Otra anécdota ocurrió en la carretera de San Martín de Valdeiglesias a Escalona. Por ella avanzaba, tras duro combate, la IV Bandera.

Los legionarios, abrasados por el sol, muertos de sed, apretaban el paso; el tiempo apremiaba. Pero, ¡qué apetecibles se veían los viñedos que flanqueaban el camino. Algunos osados no dudaron en correr a reparar sus fuerzas, saboreando la rica fruta. « ¡Que nadie se detenga – era la orden –. El enemigo nos acecha!». Todos obedecieron, pero volviendo la mirada al fruto prohibido.

El capellán no iba encuadrado. Con él no rezaba la prohibición. Sus legionarios le vieron lanzarse al viñedo. Sacó del cuello la manta agujereada que hacía las veces de capote y la tendió en la tierra, «Claro, ¿veis?, nuestro páter también tiene sed, y además es inexperto en La Legión; lleva con nosotros sólo quince días y aún no sabe lo que es aguantar una marcha...». Pero el capellán iba llenando muy aprisa el capote con racimos, se los cargó al hombro y salió corriendo tras sus legionarios, entre quienes fue repartiendo la preciosa carga, y así una y otra vez fue corriendo desde el camino al viñedo hasta dar a cada uno su parte. A él, sin embargo, nadie le vio saborear las anheladas uvas.

Tan grande fue el cariño que le profesaban los legionarios que, con lágrimas en los ojos, no se separaron de su camilla cuando este fue herido en la Casa de Campo en noviembre del 36, al ser perforada una de sus piernas por una bala. A causa de esta herida, sufrió una gran hemorragia y aunque le solicitaron una ambulancia para evacuarle, Fernando se negó en rotundo, pues deseaba seguir junto a los demás heridos, al menos

hasta que no viniera otro capellán. Así, tal cual, le practicaron en el mismo momento un torniquete y, desde una vieja silla, continuó asistiendo y consolando a los heridos. Al final, le trasladaron al hospital de Griñón y más tarde al de Talavera, donde se le dio el alta en la víspera de la Virgen de la Inmaculada para volver junto a sus legionarios.

El 5 de abril de 1937 y tras un retiro espiritual de cuatro días, por falta de más tiempo, realizó el acto cumbre en su vida religiosa: la Profesión Solemne. Seis días después, en la mañana del domingo 11 de abril de 1937, durante el transcurso de la ofensiva conocida como «Operación Garabitas», en el sector de la Cuesta de las Perdices, el Padre Huidobro actuó infatigable varias horas en las trincheras más batidas, donde las bajas eran incesantes.

Tras varios intentos para que se retirase del frente, lograron convencerle, con el fin de que fuera al hospital de campaña y que desde allí atendiese a los heridos. Pero al mediodía, mientras el padre Huidobro trataba de asistir a los soldados hospitalizados, un obús del calibre 12-40 reventó, y allí, aquel domingo 11 de abril, Fernando murió en el acto.



Defendiendo la posición.



Madrid año 1958, honras funebres Huidobro.



1975. Inauguración monolito.



Monolito en honor a P. Huidobro.

CON APRECIO A LA VIDA, SIN TEMOR A LA MUERTE.

«Nunca se quiere tanto como junto a la muerte», dijo Huidobro tras ser hospitalizado por culpa de aquella bala que le hirió en el 36. Algunos interpretaban que al no temer a la muerte, despreciaba la vida; pero eso no podía ser así, y menos para un católico acérrimo como era él. Otra cosa muy diferente es que antepusiera la vida de los demás a la suya propia. No alcanzo a imaginar, en el fragor de la batalla y siendo malherido de muerte, la paz y tranquilidad que podía aportar una mano amiga que te animaba a la confesión, a la paz tras el perdón por haber sentido la muerte tan de cerca, por haberla provocado y por haberla llamado, y así, caminar hacia la luz. El cuerpo del padre Huidobro, fue

enterrado el 13 de abril en el pequeño cementerio de Boadilla del Monte. Posteriormente, en noviembre de 1943, trasladaron sus restos al camposanto del Colegio-Noviciado de la Compañía de Jesús en Aranjuez, y finalmente al sepulcro construido en la entrada de la parroquia de San Francisco de Borja, 15 años después. A los treinta y ocho años de su gloriosa muerte, en el mismo lugar en que ocurriera la tragedia, el Ayuntamiento de Madrid rindió homenaje a nuestro heroico capellán de la IV Bandera, erigiendo un monolito en el kilómetro 8 de la carretera de La Coruña, con una lápida que recuerda la fecha y el sitio de su muerte. Desde Puerta de Hierro hasta el km 12, lo que antes fue Cuesta de las Perdices, se llama Avenida del Padre Huidobro.



Fotos Proceso beatificación y canonización.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN.

Pasados casi 84 años desde su muerte, la causa de beatificación y canonización del padre Fernando Huidobro, dio comienzo. En un solemne acto celebrado el viernes 8 de enero de 2021, presidido por el cardenal arzobispo de Madrid, Carlos Osoro, se dio luz verde a la fase diocesana. Motivo, entre otros, por el cual el purpurado se sintió agradecido «por impulsar este nuevo empeño de promover a la santidad, para ejemplo de todos los hombres, a este padre jesuita». El arzobispo, destacó tres aspectos del padre Huidobro:

En primer lugar, que su vida fue «una historia de amor marcada por la acogida de Jesucristo, y vivida en lugares muy diferentes».

En segundo lugar, que en él se refleja una historia de entrega total a través de «caminos reales para ser testigos del amor, de la paz y de la concordia que Jesucristo impulsa a entregar».

Finalmente, el cardenal Osoro recordó las palabras de Huidobro a su hermano Ignacio - «y si es la muerte, será por amor»- y añadió: «Esto, que es tan

sencillo, no es fácil escribirlo. Y si se escribe es porque se está haciendo. Estamos ante el inicio de un proceso donde la valía más grande es esta, que expresa su propia manera de ser y de vivir».

En el acto, también intervino el recientemente fallecido arzobispo castrense, monseñor Juan del Río, el cual puso en valor su servicio en La Legión como capellán, y la huella que dejó permanece hasta el día de hoy. «Entregó su vida a Dios y a España. Su memoria está viva. Su fama de santidad la he podido comprobar estos doce años como arzobispo castrense. Siempre que me he encontrado con legionarios, nunca ha faltado el recuerdo a su admirado capellán», expresó.

La causa se paralizó en 1982, pero han sido muchas las cartas recibidas desde distintos lugares donde está presente La Legión pidiendo al Arzobispado Castrense que se volviera a impulsar. Peticiones que fueron trasladadas al Papa Francisco.

Tras alabar el trabajo de La Legión tanto en misiones internacionales como

en nuestro país, Juan del Río definió a Fernando Huidobro como «el capellán de la concordia» y recurrió al padre Arrupe para definirlo: «Fue un sacerdote que llama la atención por su espiritualidad, buen carácter, alegría de corazón... Servicial, sencillo, caritativo, alegre...». Para el arzobispo castrense, esta disponibilidad y espíritu de servicio los cumplió al ser un capellán «para todos» y auxiliar «a todos sin distinción, a heridos, moribundos y caídos de los dos frentes durante la Guerra Civil. «El padre Huidobro fue un hombre que no edificó muro, sino que construyó puente, como diría el Papa; que supo ver en los corazones más humildes de los legionarios y de los combatientes del otro frente las virtudes y valores capaces de impulsar al ser humano a realizar los gestos de mayor solidaridad», añadió.

Al acto asistieron, entre otras autoridades, el jefe de la Brigada Rey Alfonso XIII II de La Legión, general Marcos Llago, el jefe del Tercio Duque de Alba 2º de La Legión, coronel Zacarías Hernández y el jefe de la IV Bandera Cristo de Lepanto, teniente coronel Luis Carmona.

UN PASTOR QUE PASTOREA EN EL CIELO

Teniente Coronel Capellán Francisco José Ruiz Martínez
BRILEG

Quisiera dedicar unas palabras del que ha sido arzobispo castrense de España hasta este año, nuestro querido Juan, que falleció el 28 de enero en Madrid.

Juan del Río Martín fue nombrado arzobispo castrense el 30 de junio de 2008, por lo que ha sido nuestro padre y pastor durante casi trece años, nos visitó en varias ocasiones y la última fue cuando confirmó a doscientos treinta legionarios en 2019.

Como persona, fue entrañable y cercano con sus feligreses militares, ganándose el cariño y el aprecio de todos los que formamos la gran familia legionaria.

Hoy, desde ese gran Tercio Celestial donde se encuentran esos legionarios que nos han precedido en el signo de la Fe y duermen el sueño de la Paz, sigue pastoreando, intercediendo por todos nosotros. Los que pudimos estar con él cuando presidió en Madrid junto a nuestro general Marcos Llago la apertura del proceso de canonización del padre Huidobro, capellán de La Legión y nos animó a pedir al Señor que el siervo de Dios suba a los altares y tengamos pronto un Santo en las Fuerzas Armadas sacado de las filas de nuestra Legión.

«Honor a quien honor merece. D.E.P.»

